

EN EL AÑO DE LA EUCARISTÍA: APRENDER DE LA VIRGEN

Presentación de la Carta apostólica *Mane Nobiscum Domine*,
de Juan Pablo II, y de la Carta pastoral del Prelado del Opus Dei
con motivo del Año de la Eucaristía

RAMIRO PELLITERO

“Quédate con nosotros, Señor, porque atardece y el día va de caída’ (Lc 24, 29) ...suplicaron, y Él aceptó. Poco después el rostro de Jesús desaparecería, pero el Maestro se había quedado veladamente en el ‘pan partido’, ante el cual se habían abierto sus ojos”¹.

La Carta apostólica por la que Juan Pablo II ha convocado el Año de la Eucaristía facilita, como en tantas ocasiones lo ha hecho el Romano Pontífice, la identificación con el cuerpo vivo de Cristo. Pero esta vez nos sitúa en el mismo corazón de la Iglesia: la Eucaristía.

El “encuentro” de Emaús representa el entrecruzarse de Jesús con nosotros “en el camino de nuestras dudas e inquietudes, y a veces de nuestras amargas desilusiones”, no sólo con su palabra, sino con la plenitud y fuerza de su vida. Pues la Eucaristía —así expresa el título de la convocatoria para el próximo *Sínodo de los Obispos* (2005)— es “fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia”.

En una alocución al Consejo ordinario de la Secretaría del Sínodo de los Obispos, Juan Pablo II ha expuesto tres objetivos principales que espera del Sínodo de 2005: “El próximo Sínodo ofrecerá una vez más la oportunidad propicia para que, en la Iglesia, se confirme la fe en el adorable misterio de la Eucaristía, se renueve la comunión eclesial y jerárquica, se promueva la caridad fraterna”².

1. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Mane Nobiscum Domine* (7-X-2004), 1. El documento se citará en adelante con la abreviatura *MN*.

2. Idem, *Discurso* del 16-XI-2004.

Con la *Mane Nobiscum Domine*, desea Juan Pablo II mostrar el alcance espiritual del itinerario que, bajo su guía, la Iglesia viene recorriendo. “La Eucaristía –afirma el Papa– representa una etapa natural de la trayectoria pastoral que he marcado a la Iglesia, especialmente desde los años de preparación del Jubileo, y que he retomado en los años sucesivos”³.

1. La “trayectoria pastoral” propuesta por Juan Pablo II y la “escuela eucarística” de María

Al final de ésa que el Santo Padre denomina “trayectoria pastoral” de estos años, la Eucaristía aparece, ante sus ojos, como foco profundo de luz; como ancla, raíz y “secreto de la vida espiritual tanto de los fieles, como de toda iniciativa eclesial”⁴. Con estas afirmaciones y esta Carta, no pretende, dice, interrumpir el “camino” pastoral que está siguiendo cada Iglesia local, sino acentuar, *en ese camino*, la dimensión eucarística propia de toda la vida cristiana⁵.

En otros términos, Juan Pablo II quiere subrayar la luz y la fuerza con que la Eucaristía acompaña y plenifica no sólo la vida de cada cristiano, sino también la vida y la acción *de la Iglesia misma*. La Iglesia es, en efecto, el cuerpo vivo de Cristo que camina con Él en la historia, en cuanto comunión vivificada por el Espíritu Santo, especialmente por medio de la Eucaristía.

a) La Iglesia, “comunión personal” con Cristo, en el camino del hombre

Juan Pablo II mira ante todo a la Iglesia, y desde su primera encíclica (*Redemptor hominis*, 1979) la comprende como en su ser de comunidad *personal* con Cristo. Es decir, mediante la analogía expresada por Tomás de Aquino: la Iglesia es con Cristo “como una persona mística”⁶. Un modo de hablar empleado por la tradición eclesial y teológica, y, con ellas, por

3. MN, 4.

4. *Ibidem*, 5.

5. Cfr. *ibidem*.

6. SANTO TOMÁS DE AQUINO, S. *Th.* III, q 48, a 2, ra 1; *Q disp. De Veritate*, q 29, a 7, ra 11; *Super ad Coloss*, cap. 1, lec. 6.

Pablo VI⁷ y el Concilio Vaticano II, que quiso reflejar lo que la Iglesia decía acerca de sí misma. Ella es, según Juan Pablo II, no sólo una “comunidad ontológica” de discípulos, sino también una “comunidad consciente de la propia vida y actividad”⁸. La perspectiva eclesiológica de Juan Pablo II, que se encuadra en la profundización operada por el Concilio acerca de la Iglesia como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo, no podía dejar de subrayar la dimensión “personalista” del Misterio de Comunión, pues corresponde a una característica central de su pensamiento.

La Iglesia es el Misterio de la Comunión de las Personas divinas con las personas humanas. En el conocimiento que la Iglesia tiene de la vocación de cada cristiano –“gracia singular, única e irrepetible”– y de la responsabilidad consiguiente, veía Juan Pablo II el principio fundamental, “la regla-clave de toda la praxis cristiana –praxis apostólica y pastoral, praxis de la vida interior y de la social–”⁹. Cada uno tiene en la Iglesia su “propio don”¹⁰: su vocación personal, que es al mismo tiempo una forma de participación en la tarea salvífica de la Iglesia y un servicio a la edificación de la Iglesia y la humanidad. En ese mismo texto y lugar señala el Romano Pontífice que la Iglesia es “para los hombres”, en el sentido de que, basándonos en el ejemplo de Cristo¹¹ y colaborando con la gracia que Él nos ha alcanzado, “podamos conseguir aquel ‘reinar’, o sea, realizar una humanidad madura en cada uno de nosotros”¹².

Ésa es la Iglesia que Juan Pablo II contempla, sorprendiéndola en su volverse, desde su “conciencia” y en toda su actividad, hacia Aquél que es su Cabeza y la fuente de su sabiduría, su camino, verdad y vida: “La Iglesia no cesa de escuchar sus palabras, las vuelve a leer continuamente, reconstruye con la máxima devoción todo detalle particular de su vida”¹³. No cesa jamás de revivir su muerte en cruz y su resurrección, que

7. Cfr. Encíclica *Ecclesiam suam* (1964).

8. JUAN PABLO II, enc. *Redemptor hominis* (1979), 21.

9. *Ibidem*.

10. 1 Cor 7, 7; cfr. 12, 7 y 27; Rom 12, 6; Eph 4, 7.

11. Cfr. *Lumen gentium*, 36.

12. *Redemptor hominis*, 21.

13. *Ibidem*, 7.

constituyen el contenido de la vida cotidiana de la Iglesia, edificada en torno a la Eucaristía¹⁴. Vive el misterio de Cristo como sujeto social responsable de la verdad salvífica; en cuanto que se construye y regenera a base del sacrificio de Cristo mismo y participa de su realeza en el servicio que presta al mundo.

b) La Eucaristía, don y fuente de la vida en la Iglesia

No sin emoción se releen ahora estas palabras escritas en el frontispicio de su pontificado: “El empeño esencial y, sobre todo, la gracia visible y fuente de la fuerza sobrenatural de la Iglesia como Pueblo de Dios, es el perseverar y el avanzar constantemente en la vida eucarística, en la piedad eucarística, el desarrollo espiritual en el clima de la Eucaristía”¹⁵.

Como broche de oro de su encíclica programática, Juan Pablo II se dirige a la Madre de la Iglesia, pues nadie como ella ha sido introducida por Dios en el misterio de la redención. Ese misterio se ha formado bajo el corazón de la Virgen cuando pronunció su “fiat”. Si el hombre, cada hombre, es el camino de la Iglesia¹⁶, lo es gracias a María y con su ayuda, cuya presencia garantiza a la Iglesia su proximidad al hombre y sus vicisitudes¹⁷.

Sigamos a partir de ahora los pasos de la “trayectoria pastoral” a la que se refiere Juan Pablo II, tal como la describe en su texto sobre el Año de la Eucaristía, sin perder de vista la figura de la Virgen, que ha acompañado ese camino.

En la Carta *Tertio millennio ineunte* (1994), por la que deseaba preparar a la Iglesia para el próximo gran Jubileo, Juan Pablo II vuelve sobre la Eucaristía en íntima conexión con la Virgen, estrella del tercer milenio: “El Dos mil será un año intensamente eucarístico: en el *sacramento de la Eucaristía* el Salvador, encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina”¹⁸.

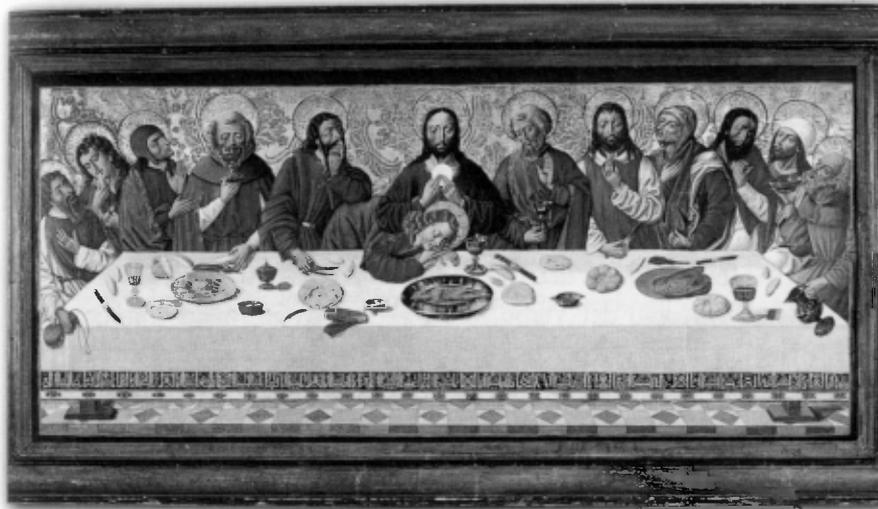
14. Cfr. *ibidem*.

15. *Ibidem*, 20.

16. Cfr. *ibidem*, 14.

17. Cfr. *ibidem*, 22.

18. Carta ap. *Tertio millennio adveniente* (1994), 55.



La Última Cena. Maestro de la Visitación de Palencia. H. 1490-1495.

Iglesia de san Esteban. Museo del Retablo. Burgos.

(AA.VV., El árbol de la vida. Las edades del hombre, *Catedral de Segovia* 2003, p. 67).

Ya en plena preparación del Jubileo, la *Dies Domini* (1998) propone a la consideración de los creyentes el tema del “Domingo” como día del Señor resucitado y día especial de la Iglesia, cuyo sentido gira totalmente en torno a la Celebración eucarística¹⁹. María está presente, como Madre de Dios y de la Iglesia, en la celebración dominical. De ella aprenden los fieles a conservar y meditar la Palabra de Dios en el propio corazón (cfr. *Lc* 2, 19). Con María aprenden a estar a los pies de la cruz, para ofrecer al Padre el sacrificio de Cristo y unir al mismo el ofrecimiento de la propia vida. Con ella viven el gozo de la resurrección, asumiendo las palabras del *Magnificat* que cantan el don inagotable de la divina misericordia (cfr. *Lc* 1, 50). “De domingo en domingo, el pueblo peregrino sigue las huellas de María, y su intercesión materna hace particularmente intensa y eficaz la oración que la Iglesia eleva a la Santísima Trinidad”²⁰.

19. Carta ap. *Dies Domini* (1998), 32-34.

20. *Ibidem*, 86.

c) *Contemplar a Cristo con y “desde” María, “mujer eucarística”*

Si la preparación del 2000 tuvo lugar “con la mirada puesta en Cristo”, recogiendo la herencia del Jubileo, el nuevo milenio se abre bajo el signo de la contemplación *del rostro de Cristo*, tal como se propone en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*: invitando a un “alto grado de santidad” en la vida ordinaria y a una pedagogía intensa sobre la oración. El Congreso Eucarístico Internacional determinó que el Año santo, dedicado a conmemorar la encarnación del Verbo, fuera vivido de un modo “intensamente eucarístico”, a la vez que se consagraba a María la vida de la humanidad en el nuevo milenio. Al trazar las líneas principales que la Iglesia debía seguir, Juan Pablo II insistió en la Eucaristía dominical como centro de una vida cristiana consciente y coherente²¹. Concluía el texto exhortando a imitar a María en la contemplación del misterio de su Hijo²².

Es precisamente esa *perspectiva mariana*, lo que podríamos llamar el punto de vista de la Virgen, la que se desarrolla como un amplio tema de resonancias místicas en la Carta *Rosarium Virginis Mariae* (2002). La contemplación de los misterios de Cristo y la repetición de las Avemarías durante el rezo del Rosario es, según Juan Pablo II, “una especie de pedagogía del amor, orientada a promover el mismo amor que María tiene por su Hijo”²³. Uno de los frutos de ese amor, en la persona misma del Romano Pontífice, es el haber querido completar las tres partes del rosario con los “misterios de luz”, en cuya cúspide se sitúa la Eucaristía. La unión con María es “lugar” para contemplar a Cristo; no sólo porque ella es modelo insuperable de esa contemplación, sino también porque desde su corazón se aprende ese especialísimo “recordar” a Cristo actualizando su presencia, como se vive en la liturgia; se aprende a comprenderle y configurarse con Él, a rogarle con insistencia y confianza, a proclamar su mensaje. “Recorrer con María las escenas del Rosario –resumía el Papa– es como ir a la ‘escuela’ de María para leer a Cristo, para penetrar sus secretos, para entender su mensaje”²⁴.

21. Carta ap. *Novo millennio ineunte* (2001), 36.

22. Cfr. *ibidem*, 59.

23. MN, 9.

24. Carta ap. *Rosarium Virginis Mariae* (2002), 14.

Dentro del “Año del Rosario” vio la luz la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (2003). En ese documento dice ahora Juan Pablo II que exhortó a la celebración del Sacrificio eucarístico “con el esmero que se merece, dando a Jesús presente en la Eucaristía, incluso fuera de la Misa, un culto de adoración digno de un Misterio tan grande”. Y recordó “sobre todo la exigencia de una espiritualidad eucarística, presentando el modelo de María como ‘mujer eucarística’”²⁵.

Hasta tal punto la actitud de la Virgen es eucarística, que la Eucaristía es también memorial del don que Jesús nos ha hecho al entregarnos como Madre a la suya. Por eso vivir la Eucaristía “implica también recibir continuamente este don. (...) Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella”²⁶. De hecho en la Eucaristía la Iglesia hace suyo el espíritu de María, convirtiendo su peregrinar en un *Magnificat*.

2. La Eucaristía: misterio de luz, sacramento de comunión, proyecto de misión

Como reflexionando sobre esa “trayectoria pastoral” que acabamos de describir, dice Juan Pablo II: “*El Año de la Eucaristía* tiene, pues, un trasfondo que se ha ido enriqueciendo de año en año, si bien permaneciendo firmemente centrado en el tema de Cristo y la contemplación de su rostro. En cierto sentido, se propone como un año de síntesis, una especie de *culminación de todo el camino recorrido*”²⁷. No estamos, pues, ante un documento más, sino ante una toma de conciencia de los frutos que el Espíritu Santo va depositando en la Iglesia, y, ante todo, en el corazón del Papa. Se trata de un documento de síntesis, donde se manifiesta la madurez de quien ha aprendido personalmente, en la “escuela” de la Virgen, a identificarse con la actitud eucarística de Jesús.

La carta puede leerse como un ir explicando en qué consiste esa auténtica *actitud eucarística*, no sólo en cuanto a los fundamentos doctrinales, ya ampliamente desarrollados por la teología, sino también en el plano de la

25. MN, 10.

26. Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (2003), 57.

27. MN, 10.

vida cristiana y eclesial. Como una obra desarrollada en tres actos, la Eucaristía se presenta como misterio de *luz*, se profundiza como fuente y epifanía (sacramento) de *comunión*, y despliega finalmente su dinamismo por ser principio y proyecto de *misión*.

Pero conviene volver atrás para no perder de vista el “itinerario” de Juan Pablo II, por el que ha querido llevar a la Iglesia.

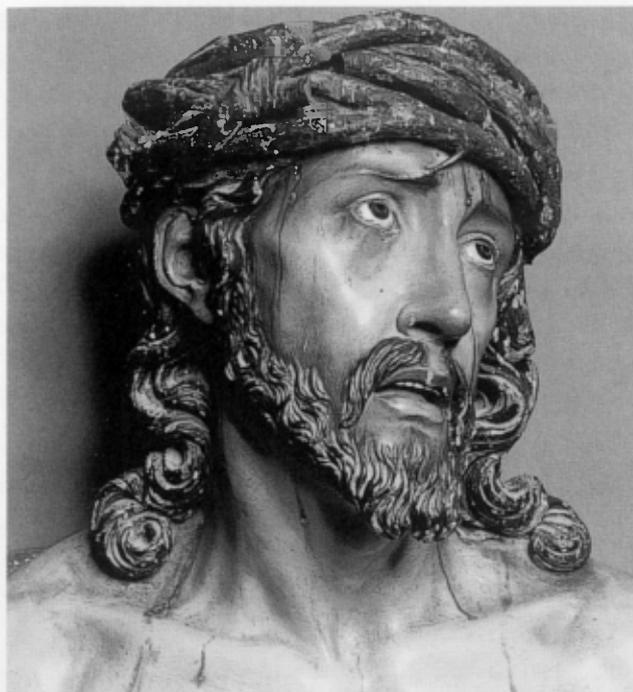
a) La Eucaristía, “mysterium fidei” y misterio de luz

Ya en su carta sobre el Rosario, al completar la devoción cristiana con los “misterios de luz”, explicaba Juan Pablo II en qué sentido la Eucaristía lo es. Si todo el misterio de Cristo es luz (cfr. *Iob* 8, 12), esa dimensión se manifiesta sobre todo en los años de la vida pública, cuando tiene lugar el anuncio del Evangelio del Reino. La institución de la Eucaristía es el quinto de los misterios de luz. Con ello parece decirse que no sólo ocupa el último lugar por un motivo cronológico –sucedió después del resto–, sino que en cierto sentido contiene concentradamente esa plenitud de luz que es el misterio de Cristo. Lo señala el Papa al enunciar por vez primera de modo completo ese misterio: “la institución de la Eucaristía, expresión sacramental del misterio pascual”²⁸.

Si cada uno de los cinco misterios señalan que el Reino está presente en la misma persona de Jesús, la luz que proviene de la Eucaristía –donde se hace alimento con su Cuerpo y su Sangre bajo las especies del pan y del vino–, es *el testimonio que Cristo da de su amor* por la humanidad ‘hasta el extremo’ (*Iob* 13, 1), ofreciéndose por ella en sacrificio de salvación. Aunque los Evangelios no hablan de la presencia de María en el Cenáculo, Juan Pablo II la distingue en el transfondo de la escena, repitiendo las palabras de Caná: “Haced lo que Él os diga” (*Iob* 2, 5). Palabras que, en labios de la Virgen, resumen la Revelación y se dirigen como una “invitación materna a la Iglesia de todos los tiempos”²⁹. Casi, podríamos decir, como un eco del “Haced esto en memoria mía” (*Lc* 22, 19).

28. Carta ap. *Rosarium Virginis Mariae* (2002), 21.

29. *Ibidem*.



Ecce Homo. Anónimo. H. 1700.

Monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles. Madres Clarisas de Villacastín (Segovia). (AA.VV., El árbol de la vida. Las edades del hombre, Catedral de Segovia 2003, pp. 103 y 129).

Y no se trata de un mero paralelismo de palabras. Juan Pablo II retoma el argumento en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*: “Con la solicitud materna que muestra en las bodas de Caná, María parece decirnos: ‘no dudéis, fiaros de la Palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre, entregando a los creyentes en este misterio la memoria viva de su Pascua, para hacerse así ‘pan de vida’”³⁰.

Es la *fe eucarística* de la Virgen la que se pone en juego de manera anticipada desde la Encarnación: “Hay, pues –deduce el Papa– una *analogía profunda* entre el *fiat* pronunciado por María a las palabras del Ángel y el *amén*

30. Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (2003), 54.

que cada fiel pronuncia cuando recibe el cuerpo del Señor”³¹. En un sentido más amplio pero no menos cierto, podríamos decir que el *fiat* de María anticipa también la exclamación de la comunidad cristiana después de la consagración: *Mysterium fidei!*, el *amén* que cierra la Plegaria Eucarística y el “demostramos gracias a Dios” con el que concluye la Misa.

En la visitación a Isabel, María se convierte en primer “tabernáculo” de la historia que ofrece a su hijo en adoración. Al abrazarle en Belén se muestra como modelo de amor. Con ocasión de la presentación de Jesús en el templo, como en una “eucaristía anticipada”, adelanta su unión con Jesús en la Cruz. Y todo ello adquiere una plenitud insospechada cuando participa en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles, como “memorial” de la pasión³².

La luz que proviene de la Eucaristía esclarece de esta manera –mediante la contemplación de la intimidad de María con Jesús, y de Jesús con María– el resto de los misterios de la vida de Jesús, tal como se contemplan en el Rosario: los misterios gozosos (de su vida “escondida”) y los dolorosos (de su pasión y muerte); y esa luz, que no es otra cosa que la vida de Cristo en la vida de María, se hace aún mayor en los misterios gloriosos, de modo que acaba por inundar a la Virgen, llevándola al Cielo y coronándola con el cariño de la Trinidad. Así la representan tantos artistas cristianos.

b) La “fe eucarística” de la Virgen, escuela para la Iglesia

“Recibir la Eucaristía –observa Juan Pablo II en su contemplación– debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz”. Hasta tal punto la actitud de la Virgen es eucarística, que la Eucaristía es también memorial del don que Jesús nos ha hecho al entregarnos como Madre a la suya. Por eso vivir la Eucaristía “implica también recibir continuamente este don. (...) Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella”³³.

31. Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (2003), p. 55.

32. Cfr. *ibidem*, 55 s.

33. *Ibidem*, 57.



*La Piedad. Luis Salvador Carmona, año 1750. Iglesia de San Martín, León.
(AA.VV. El árbol de la vida. Las edades del hombre, Catedral de Segovia 2003, p. 353).*

La Iglesia –sigue diciendo– descubre continuamente, en la “escuela” de la Virgen, la luz que proviene de la Eucaristía y su *fuera transformadora*. En María ve el mundo renovado por el amor³⁴. En efecto, en la Eucaristía Jesús, por así decirlo, desea meter a los hombres en su Corazón; “transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo ‘eucarística’” y, como fruto de esa “transfiguración”, se comprometan a “transformar el mundo según el Evangelio”, cumpliendo los deberes que corresponden a su “ciudadanía terrenal”³⁵.

En su carta para el Año de la Eucaristía, Juan Pablo II prolonga su contemplación sobre el Misterio de la Eucaristía como misterio de fe y de luz, en su capacidad para saciar los anhelos de los hombres. Hace notar que “precisamente a través del misterio de su ocultamiento total, Cristo se convierte en misterio de luz, gracias al cual se introduce al creyente en las profundidades de la vida divina”³⁶. Ante todo, la luz proviene de la *Palabra de Dios* que precede a la liturgia eucarística (mesa de la Palabra y del Pan): “No es suficiente –advierte a este respecto– que los pasajes bíblicos se proclamen en una lengua comprensible, si la proclamación no se realiza con aquel cuidado, preparación previa, escucha devota, silencio meditativo, que son necesarios para que la Palabra de Dios toque la vida y la ilumine”³⁷.

Juan Pablo II ve la luz que dimana de la Eucaristía en sus *diversas dimensiones*: a) como banquete (la dimensión más evidente, pues “expresa muy bien la relación de comunión que Dios quiere establecer con nosotros y que nosotros mismos debemos desarrollar recíprocamente”); b) como sacrificio (la principal y más profunda: a la vez que actualiza el sacrificio del Calvario, Cristo resucitado nos sitúa ante el final de la historia); c) y como presencia real (la que más prueba nuestra fe: Cristo se hace sustancialmente presente bajo las especies sacramentales). De esta manera, la presencia de Cristo –se ha “quedado con nosotros” hasta el fin del mundo– nos conduce a las *actitudes* fundamentales que presiden la vida de la Iglesia y de los cristianos: “celebrar (mistagogía), adorar, contemplar” la Eucaristía (también fuera de la Misa).

34. Cfr. *ibidem*, 62.

35. *Ibidem*, 20.

36. MN, 11.

37. *Ibidem*, 13.

Es una nueva llamada a avivar las actitudes que el Romano Pontífice quiso promover en su encíclica *Ecclesia de Eucharistia*: el asombro, la gratitud y la emoción ante Jesús sacramentado; la adoración, el amor y el decoro en la celebración eucarística; la generosidad en el culto y en la vida; el compromiso con Dios y con los demás, –especialmente con los pobres– y también con la tierra. Se refiere ahora en concreto al cuidado de la música litúrgica, al estudio de las orientaciones del Misal Romano y a la “catequesis mistagógica” que los Pastores han de privilegiar, como medio para profundizar en el misterio de la salvación a través de los “signos”, sobre todo siguiendo el *año litúrgico*. Una llamada a cuidar los gestos y los silencios, para saborear la presencia del Señor y adorar, contemplar y desagraviar por un amor tantas veces mal correspondido³⁸.

Como ayuda adecuada para esta contemplación eucarística, “hecha según la escuela de María y en su compañía”, el Papa vuelve a recomendar el Rosario, “considerado en su sentido profundo, bíblico y cristocéntrico”, tal como se proponía en la Carta apostólica correspondiente³⁹.

c) Agradecimiento, solidaridad, servicio a los necesitados

En ese ambiente de fe y de luz que se experimenta en la escuela mariana, escribe Juan Pablo II que la comunión eucarística significa no sólo que Jesús se queda “con” nosotros, como le pedían los discípulos de Emaús, sino que permanece *en* nosotros y nosotros entramos en comunión profunda con Jesús (cfr. *Iob* 15, 4). Y eso nos permite “anticipar el cielo en la tierra”, saciar el anhelo más profundo del hombre: su unión con Dios para siempre⁴⁰.

Ahora bien, esto sólo puede vivirse y comprenderse en la *comunión eclesial*, pues la Iglesia hace la Eucaristía, y la Eucaristía edifica la Iglesia. La Eucaristía es fuente de la unidad de la Iglesia y máxima manifestación o epifanía de la comunión (cfr. *Iob* 17, 21). Todo ello adquiere una particular importancia el *Domingo*, día en que revivimos la experiencia de los Apóstoles en la Pascua⁴¹.

38. Cfr. *ibidem*, 15-17.

39. *Ibidem*, 18.

40. Cfr. *MN*, 19.

41. Cfr. *Dies Domini*, *passim*.

En la última parte de su Carta sobre el Año de la Eucaristía, el Papa explicita las consecuencias de la contemplación del rostro de Cristo, de la que hablaba en el despuntar del nuevo milenio: “El encuentro con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano *la exigencia de evangelizar y dar testimonio*”⁴². La despedida de los que han celebrado la Eucaristía viene a ser una actualización del encargo que cada cristiano tiene de comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad. La Eucaristía es para esa misión tanto un impulso como un *proyecto*.

Es muy sugerente esta visión del Santo Padre. La Eucaristía, sigue explicando, es “*un modo de ser* que desde Jesús pasa al cristiano y, a través de su testimonio, apunta a irradiarse en la sociedad y en la cultura”⁴³. Cada cristiano, según Juan Pablo II, debe hacer suyo el significado de la Eucaristía, es decir los *valores*, que en ella se expresan, las *actitudes* de Cristo que se manifiestan —ese agradecimiento de fondo que le lleva a entregarse hasta la Cruz, el “dejarse comer” para dar la vida, su radical humildad y disponibilidad para que le tratemos, etc.— y los *propósitos* de vida que ahí se suscitan.

Tres elementos articulan, según Juan Pablo II, ese “proyecto” de parecerse y hasta identificarse con Jesús a partir de la Eucaristía: acción de gracias, solidaridad, servicio de los últimos.

Ante todo, el “elemento fundamental” —podría decirse, el núcleo— de este proyecto está en la *acción de gracias* (esto significa la palabra Eucaristía) al Padre que es la vida entera de Jesús, culminada en su sacrificio. Y no sólo eso: “En Jesús, en su sacrificio, en su ‘sí’ incondicional a la voluntad del Padre, está el ‘sí’, el ‘gracias’, el ‘amén’ de toda la humanidad”⁴⁴.

A este respecto la misión de la Iglesia recuerda a los hombres la necesidad de encarnar el proyecto eucarístico *en la vida cotidiana*, “donde se trabaja y se vive —en la familia, la escuela, la fábrica y en las diversas condiciones de vida—”, lo que significa también “testimoniar que *la realidad humana no se justifica* sin la referencia al Creador”⁴⁵.

42. MN, 24.

43. *Ibidem*, 25. La cursiva es nuestra.

44. *Ibidem*, 26.

45. *Ibidem*; cfr. GS, 36.

Estamos ante lo que podría llamarse fundamentación eucarística de la secularidad cristiana. La referencia trascendente del hombre a Dios, que se traduce en una radical *actitud eucarística* por cuanto somos y tenemos, no obstaculiza la autonomía de la realidad terrena⁴⁶, sino que la fundamenta y determina. De esa capacidad de agradecimiento se derivan valores genuinamente cristianos, como el testimonio, la capacidad de diálogo y de tolerancia. Ante las malas interpretaciones que pueden haberse dirigido a los cristianos con intenciones más o menos torcidas, Juan Pablo II aclara: “Si bien no han faltado en la historia errores, inclusive entre los creyentes, como reconocí con ocasión del Jubileo, esto no se debe a las ‘raíces cristianas’, sino a la incoherencia de los cristianos con sus propias raíces. Quien aprende a decir ‘gracias’ como lo hizo Cristo en la cruz, podrá ser un mártir, pero nunca será un torturador”⁴⁷.

La dimensión eucarística de la vida cristiana, en el sentido propio de acción de gracias, ha sido posteriormente sintetizada por Juan Pablo II de esta manera: “Para nosotros, los cristianos, la acción de gracias se expresa plenamente en la Eucaristía. En toda Santa Misa bendecimos al Señor, Dios del universo, presentándole el pan y el vino, frutos ‘de la tierra y del trabajo de los hombres’. Cristo ha unido su oblación de sacrificio a estos sencillos alimentos. Unidos a Él, los creyentes están llamados a ofrecer a Dios su existencia en el trabajo cotidiano”⁴⁸.

Volviendo a su Carta para el Año Eucarístico, señala, en segundo lugar, que la Eucaristía es, debe ser, también un proyecto de horizonte universal: una escuela de *comunión, paz y solidaridad*⁴⁹. He aquí un desafío pastoral de primera categoría que lanza el Romano Pontífice. El que ese proyecto se lleve a cabo en la realidad, depende sin duda del primer elemento –la capacidad de agradecimiento a Dios y cuanto de ella se deriva– y también del tercer elemento que Juan Pablo II titula: *al servicio de los últimos*.

46. Cfr. GS, 36.

47. MN, 26.

48. *Angelus*, 14-XI-2004.

49. MN, 27.



*Cristo eucarístico. Maestro de Martín Miguel. Primera mitad del siglo XVI.
Iglesia de San Bartolomé. Martín Miguel (Segovia).
(AA.VV., El árbol de la vida. Las edades del hombre, Catedral de Segovia 2003, p. 457).*

Sostiene el Papa que la solicitud por los necesitados es nada menos que campo de prueba o criterio de verificación del proyecto eucarístico. En el servicio de los últimos “se refleja en gran parte la autenticidad de la participación en la Eucaristía celebrada en la comunidad: se trata de su impulso para *un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna*”⁵⁰. Se refiere concretamente a los diversos ámbitos de las “múltiples pobreza” de nuestro mundo: el hambre, la soledad, el paro, etc., invitando a las comunidades cristianas a una mayor sensibilidad a este respecto.

50. Cita a *Mc* 9, 35; *Iob* 13, 1-20; cfr. *1 Cor* 11, 17-22, 27-34.

El documento se cierra con este aldabonazo a la conciencia de los cristianos, precisamente –no cabe olvidarlo– como consecuencia de una auténtica actitud eucarística: “No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo⁵¹. En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas”⁵².

Como es bien sabido, no es nueva esta sensibilidad de Juan Pablo II en el ámbito social⁵³. Fruto de la caridad que concede la primacía a la oración y la liturgia, es admirada incluso por muchas personas que, paradójicamente, rechazan las enseñanzas del Papa en otros ámbitos de la moral cristiana, como la bioética. ¡Ojalá que el ejemplo y la coherencia de los buenos hijos de la Iglesia suscite en ellos la conversión que los transforme también en testigos de la fe!

En definitiva, cabría concluir diciendo que Juan Pablo II ha propuesto para la Iglesia una “trayectoria pastoral” como fruto de su “vida interior” personal, sintiendo la responsabilidad de su ministerio como “siervo de los siervos de Dios”. Y no sólo ha propuesto ese itinerario, sino que ha llevado y está llevando a la Iglesia por ese camino, contando con la ayuda divina y poniendo los medios a su alcance. La Eucaristía resplandece en ese recorrido, por tanto, como punto de llegada –cumbre–; pero también, y siempre, como punto de partida –fuente– de la vida y de la misión de la Iglesia.

3. La Carta pastoral del Prelado del Opus Dei con motivo del Año Eucarístico

Por su parte, monseñor Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, ha dirigido a los fieles de la Prelatura, los Cooperadores y las personas que se forman al calor del espíritu de la Obra, una Carta pastoral con motivo del Año de la Eucaristía, convocado por Juan Pablo II⁵⁴.

51. Remite a *Iob* 13, 35; *Mt* 25, 31-46.

52. *MN*, 28.

53. Sólo en sus últimos escritos vale la pena recordar *Novo millennio ineunte*, 14 y 49 s.; *Ecclesia de Eucharistia*, 20.

54. La carta puede consultarse en la página web de la Prelatura: www.opusdei.org.

El hilo argumental es la meditación del *Adorate Devote*, himno eucarístico atribuido a santo Tomás de Aquino. A partir de la adoración al Santísimo Sacramento van surgiendo las actitudes que propone Juan Pablo II.

a) Acción de gracias y entrega, lecciones eucarísticas de María

En primer lugar, la *acción de gracias*, porque Jesús se ha quedado con nosotros. “Jesús se ha quedado en la Eucaristía para remediar nuestra flaqueza, nuestras dudas, nuestros miedos, nuestras angustias; para curar nuestra soledad, nuestras perplejidades, nuestros desánimos; para acompañarnos en el camino; para sostenernos en la lucha. Sobre todo, para enseñarnos a amar, para atraernos a su Amor”.

De ese amor brota la necesidad de entregar completamente el corazón y la vida. La “escuela de la Virgen” es el mejor lugar para aprender y ejercitar esa entrega. “Aprendamos de la Virgen la humildad y la disponibilidad sin condiciones para amar, acoger y servir a Jesucristo. Meditemos frecuentemente, como nos proponía nuestro queridísimo Padre, que Ella ‘fue concebida inmaculada para albergar en su seno a Cristo’. Y afrontemos la pregunta con que concluía esa invitación: ‘si la acción de gracias ha de ser proporcional a la diferencia entre don y méritos, ¿no deberíamos convertir todo nuestro día en una Eucaristía continua?’”⁵⁵.

La piedad eucarística, dice el Prelado de la Obra citando también un texto de san Josemaría, debe empujarnos a conducirnos como *contemplativos en el mundo*, pues caminamos amando en la tierra y en el Cielo: “no ‘entre’ el Cielo y la tierra, porque somos del mundo. ¡En el mundo y en el Paraíso a la vez! Ésta sería como la fórmula para expresar cómo hemos de componer nuestra vida, mientras estemos ‘in hoc sæculo’”⁵⁶.

Esa contemplación en medio del mundo, que está en la entraña misma del espíritu de la Obra, dimana de la Eucaristía y reconduce a ella, en cuanto *centro y raíz* de la vida cristiana, como predicaba san Josemaría. Debe traducirse en un servicio abnegado y alegre, que gusta de pasar inadvertido, pero que es siempre eficaz, tanto desde el punto de vista humano como

55. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Homilía *Sacerdote para la eternidad*, 13-IV-1973.

56. Idem, *Apuntes tomados en una meditación*, 27-III-1975.

desde el punto de vista de la gracia. Transcribe aquí monseñor Echevarría otras palabras del fundador del Opus Dei que ayudan a concretar las actitudes de solidaridad y de diálogo que se derivan de la Eucaristía: “Las manifestaciones externas de amor deben nacer del corazón, y prolongarse con testimonio de conducta cristiana (...). Que nuestras palabras sean verdaderas, claras, oportunas; que sepan consolar y ayudar, que sepan, sobre todo, llevar a otros la luz de Dios”⁵⁷.

Y añade el Prelado unos párrafos más adelante que en una época proclive al materialismo “hemos de cultivar en nosotros y difundir a nuestro alrededor la actitud de apertura a los demás, de confianza razonable en la palabra de los otros”.

b) La Eucaristía, “cátedra de virtudes”

Monseñor Echevarría considera la Eucaristía como una “cátedra de virtudes”, donde se aprende, además del amor y la humildad, el servicio alegre, que se manifiesta tanto obedeciendo como gobernando, la búsqueda de la unidad en el respeto de la diversidad, y tantas otras virtudes que se requieren a diario en el trabajo y en la familia –en la vida corriente–, como la paciencia y la disponibilidad.

También el saber “ocultarse y desaparecer”. Ante la presencia real de Jesús en el Sagrario, aclara que no se trata de “caer en el *dolce far niente*, aislarse de los demás, dejar de influir en el ambiente y en el desarrollo de los acontecimientos en el propio ámbito familiar, profesional o social. Se traduce, por el contrario, en dar toda la gloria a Dios y respetar la libertad de los demás; y también en empujarles hacia el Señor no con ruido humano, sino con la ‘coacción’ de la propia entrega y de la virtud alegre y generosa”. Hay que “hacerse pan” para que los demás puedan alimentarse de nuestra oración, de nuestro servicio y de nuestra alegría.

La solicitud por los necesitados debe traducirse “en darse y dedicarse a los demás, como el buen samaritano: sin descuidar los propios deberes y, al mismo tiempo, decidirse a sacrificar la comodidad y a prescindir de

57. Idem, *Es Cristo que pasa*, p. 156.

pequeños –o no tan pequeños– planes e intereses personales”. Para el cristiano “misericordia significa mantener el corazón en carne viva, humana y divinamente transido por un amor recio, sacrificado, generoso”⁵⁸.

La Eucaristía hace necesaria referencia a la Cruz. Y la experiencia pastoral enseña que caben “situaciones especialmente duras, en las que el ‘claroscuro’ de la fe nos presenta más explícitamente su dimensión de oscuridad; ocasiones en que quizá resulte más difícil reconocer a Cristo, ni tan siquiera otear por dónde pasa el camino querido por Dios. Este tipo de pruebas interiores puede deberse, a veces, a la miseria humana, a la falta de correspondencia; pero con frecuencia no es así, sino que forma parte del plan querido por Dios para identificarnos con Jesucristo, para santificarnos”. En esas circunstancias, monseñor Echevarría aconseja “ir” a las llagas de Cristo, como hizo el apóstol Tomás, y tras él, tantos santos⁵⁹.

Es sobre todo la vida teologal, que se desarrolla por medio de la fe, la esperanza y la caridad, la que capacita para participar del sacerdocio de Cristo, bien sea en su modalidad de sacerdocio común, o en el caso del ministro ordenado, ejercitando el sacerdocio ministerial a favor de los fieles. Como el Fundador del Opus Dei, también el actual Prelado invita a un modo concreto de “vivir la Misa”: dividir la jornada en dos mitades, una para preparar la Misa y otra para agradecerla. Esto ayuda a identificarse, como Cristo, con la voluntad de Dios para cada uno.

c) Eucaristía y secularidad

El “vivir de Cristo” le lleva a escribir algo fundamental en una visión cristiana de la secularidad: “Los cristianos no hemos de olvidar que, con el Señor, *omnia sancta*, todo es santo; sin Él, *mundana omnia*, todo es mundano. No nos dejemos engañar por la falta de amor, que se oculta tras una apariencia de naturalidad, para no arrostrar con decisión –por amor– las consecuencias de la fidelidad a Cristo. Nuestra relación con Dios sólo puede construirse sobre el único modelo que es Cristo; y debemos ver con claridad que la relación de Jesús con su Padre brilla por su total unidad: ‘Yo y el

58. Idem, *Amigos de Dios*, n. 232.

59. Cfr. *ibidem*, nn. 301-302.

Padre somos uno' (Jn 10, 30)". De ahí la importancia de la *unidad de vida*, precisamente en torno a la Misa, que tiene "un poder verdaderamente unificante de la existencia humana". El santo Sacrificio, explica el Prelado, "compendia lo que ha de ser nuestra conducta: adoración amorosa, acción de gracias, expiación, petición; es decir, dedicación a Dios y, por Él, a los demás. En la Misa debe confluir cuanto nos pese y nos agobie, cuanto nos colme de alegría y nos ilusione, cada detalle del quehacer cotidiano; hemos de ir con las preocupaciones nuestras y las de los demás, las del mundo entero".

Haciéndose eco una vez más de las enseñanzas de Juan Pablo II, vuelve finalmente a contemplar la figura de María, como "mujer eucarística". Evoca a este propósito la predicación de san Josemaría, cuando afirmaba que de algún modo en la santa Misa interviene la santísima Virgen⁶⁰. La "escuela de María" se compendia muy particularmente en los misterios del Rosario. El Prelado del Opus Dei nos invita a recorrer este Año de la Eucaristía de la mano de la Virgen. Vale la pena –por tantos motivos que Juan Pablo II ha contribuido a poner de relieve y la Carta pastoral de monseñor Echevarría ayuda a concretar–, asistir a esa "escuela" mariana e intentar obtener la máxima calificación.

* * *

El retablo de Torreciudad está construido en torno al óculo del Sagrario. Justo debajo se sitúa la escena de la Cruz, con María y el apóstol Juan. El camarín de la Virgen reposa en el nivel aún más inferior, pero igualmente central, como sosteniendo el retablo entero. El cariño filial de san Josemaría hizo que a la primitiva imagen de madera oscura se le resaltaran los ojos y las pupilas, porque –decía– un hijo necesita que su madre le mire. Y Torreciudad –está ahí para eso– representa la existencia cristiana en el mundo, anticipada y presidida por María. La posibilidad de redescubrir continuamente la grandeza de la vida ordinaria, aprendiendo de la Virgen.

La víspera de sus bodas de oro sacerdotales (que celebró el 28 de marzo de 1975), en el oratorio del Consejo General de la Obra, san Josemaría hizo su oración en voz alta de manera sencilla e improvisada. Se culminaban por aquellos meses las obras de Torreciudad, por lo que no es extraño que, para

60. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 89.

concluir aquella plegaria, su corazón se escapase precisamente hacia la Virgen bajo esa invocación:

“Que la Madre de Dios sea para nosotros *Turris civitatis*, la torre que vigila la ciudad: la ciudad que es cada uno, con tantas cosas que van y vienen dentro de nosotros, con tanto movimiento y a la vez con tanta quietud: con tanto desorden y con tanto orden; con tanto ruido y con tanto silencio; con tanta guerra y con tanta paz. *Sancta Maria, Turris civitatis: ora pro nobis! Sancte Ioseph, Pater et Domine: ora pro nobis! Sancti Angeli Custodes: orate pro nobis!*”⁶¹.

Ramiro PELLITERO

Facultad de Teología
Universidad de Navarra

PAMPLONA

61. Texto en S. BERNAL, *Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid 1976, p. 320.